

La estética del fracaso

Hernán Lara

Cyrill Connolly escribió alguna vez que el único deber de cualquier escritor es la creación de una obra maestra. El dinero, el alcohol, el amor frustrado, el fracaso, son algunos de los temas que recorren la obra de Scott Fitzgerald, y de los cuales se nutrió para escribir una obra rica y compleja que quedará en la memoria de la literatura del siglo XX como una de las más profundas reflexiones sobre la derrota de la sensibilidad frente a la frivolidad de las apariencias. Hernán Lara Zavala —autor de Después del amor y otros cuentos, Charras, El mismo cielo— explora en este texto luminoso algunas de las zonas más oscuras del gran escritor norteamericano.

“Esta es la historia más triste que he escuchado jamás”. Con esta frase inicia la novela *El buen soldado* del escritor inglés Ford Madox Ford de la cual me gustaría servirme para hablar de la vida, y sobre todo de la obra, del escritor norteamericano Francis Scott Fitzgerald. A veces la personalidad de un escritor, el mito que se crea en torno a su persona, el halo que ostenta ante el público, puede más que su propia obra pues una carrera literaria, como bien sabemos, no es tan sólo un asunto de talento, personalidad y carácter sino también de suerte y buena estrella.

Fitzgerald vio la luz del mundo el 24 de septiembre de 1896 en St. Paul, Minnesota. Hijo único de padres de origen irlandés vivió, hasta los quince años, según su propia confesión, “como si en el mundo no existiera nadie más que él”. Fitzgerald nació con buena estrella pues poseía, además de una agradable aparien-

cia física, un gran talento —acaso heredado de la estirpe irlandesa de su madre que leía vorazmente todo tipo de libros— que hizo que en la Universidad se ganara el apodo del “Shelley en prosa”. Pero efectivamente, gran parte de la imagen que conservamos hoy en día de su personalidad quedará marcada por su aspecto físico y por las ambigüedades de su carácter. Fitzgerald era un hombre de ojos verdes, rubio, blanco, delgado aunque de baja estatura e invariablemente vestido a la última moda. Ernest Hemingway describe en *A Moveable Feast* la ocasión cuando lo conoció:

Scott era un hombre entonces que parecía un muchacho con un rostro entre guapo y bonito. Tenía el cabello muy rubio y ondulado, frente amplia, ojos entusiastas y amistosos y una boca delicada de tipo irlandés de labios delgados que, en el rostro de una mujer, le hubieran dado



Zelda Sayre, 1920



Francis Scott Fitzgerald, 1921

un realce de belleza. Tenía un mentón fuerte y orejas proporcionadas y una nariz fina, casi bonita e intocada.

En muchas de sus fotografías su rostro refleja además ingenuidad, pureza, generosidad. De orígenes humildes, un tanto inseguro, pero lleno de ambiciones e imaginación, a los diecisiete años logra ingresar a la Universidad de Princeton a pesar de no haber destacado nunca en el renglón académico. Las universidades norteamericanas de prestigio tienen muchas maneras de hacer destacar a sus alumnos independientemente del desempeño escolar. Una de ellas es el deporte, otra los clubes o fraternidades en torno a los cuales se agrupan jóvenes con intereses afines para desarrollar sus inquietudes intelectuales y literarias. Durante su estancia en Princeton, Fitzgerald parecía interesarse más en participar en las actividades de los Clubes a los que perteneció (*The Cottage Club*, *The Triangle*), en escribir para las revistas literarias (*The Tiger*) y en montar obras de teatro que en estudiar. No obstante, logra sobrellevar dos años en la universidad hasta que de pronto se ve en la necesidad de suspender sus estudios, en parte por un problema de salud (tuberculosis), pero sobre todo por haber reprobado dos materias (Química y Latín). Su salida de Princeton lo lleva a ingresar en el ejército (donde se decía que era el peor teniente del mundo) y a tratar de escribir su primera novela que en principio llevaba por título *The Romantic Egotist*. Es durante la época de su servicio militar, una noche de septiembre de 1918 —cuando tenía veintidós años— que, mientras atiende a un grupo de oficiales,

descubre de casualidad la presencia avasalladora de Zelda, quien se convertiría en la mujer de su vida y en su esposa. Se trata de un caso clásico de amor a primera vista que hizo que, según su propia expresión, al verla “todo en su interior” se derritiera. Así, sin importarle lo que pensarán los oficiales bajo cuyas órdenes estaba sirviendo en ese momento se acercó a Zelda y se presentó. Ella tenía entonces diecisiete años.

La coincidencia de haber salido de la universidad, de cumplir con su servicio militar en Alabama, en el sur de los Estados Unidos, de descubrir a Zelda por un mero azar, así como su intención de publicar una primera novela se conjugaron de tal manera que, a partir de ese momento, su destino cambiaría para siempre pues él se convertiría en el principal protagonista de los mitos del *Jazz Age* y del *American Dream*.

La primera versión de la novela de Fitzgerald fue rechazada por los editores de Scribner's que, sin embargo, incluyeron una serie de sugerencias que dejaban entrever que si revisaba y corregía debidamente su libro podrían reconsiderar su decisión. Fitzgerald hizo las modificaciones que juzgó pertinentes y volvió a enviar el manuscrito pero *The Romantic Egotist* fue rechazado por segunda vez.

Así que contra lo que uno podría suponer ni la publicación de su primera novela ni la conquista de Zelda le resultaron sencillas. Zelda, como su personaje Daisy Buchanan, tenía pretendientes al por mayor y exigía una cierta seguridad antes de aceptar casarse con Scott pues él no poseía más capital que su talento apenas

en ciernes. Una vez liberado del ejército, en el año de 1919, decidió probar fortuna en la ciudad de Nueva York donde se hizo empleado de una agencia de publicidad, alquiló un estudio e intentó dedicarse de lleno a escribir en las noches luego de su ardua jornada de trabajo en la agencia de publicidad. Con un gran despliegue de energía produjo durante ese periodo diecinueve cuentos sin que le publicaran uno solo. El panorama de Scott en ese momento no era precisamente alentador. La sensación de fracaso tocaba por segunda vez a su puerta después de su expulsión de Princeton. A los veintidós años se contemplaba a sí mismo como un publicista menos que mediocre, escritor frustrado, profundamente enamorado de Zelda Sayre, una de esas bellezas del Sur inalcanzables. Se le ocurre entonces retomar su novela, por tercera vez, para hacer un nuevo intento y jugarse el todo por el todo. Renuncia a la agencia de publicidad y se vuelve a la casa materna donde ocupa su antigua recámara para reescribir completamente *The Romantic Egotist*. Dos meses después había rehecho íntegramente la novela que ahora ostentaba el título de *Este lado del paraíso*. Envio su nueva versión a Scribner's con un amigo y el 16 de septiembre de 1920 Fitzgerald recibió una carta de su editor en la que le manifestaba su contento por la novela y le informaba que sería publicada entre otras razones porque rebosaba de vida y de energía.

Una vez aceptada la novela Fitzgerald toma un segundo aire y empieza a publicar con frenesí, sobre todo cuentos breves para diversas revistas del tipo del *Saturday Evening Post*. Se busca un agente, Paul Reynolds, que empieza a vender sus cuentos al triple del precio que antes le ofrecían. Entra en un periodo de intensa actividad y entre septiembre y diciembre de 1919 escribe nueve cuentos que se empiezan a cotizar en doscientos dólares, luego suben a cuatrocientos y llega a vender a algunos hasta en dos mil dólares. De esa fecha datan relatos tan memorables como "May Day", "Winter Dreams", "Absolution" y "Diamond as Big as the Ritz". Entra entonces en conflicto consigo mismo pues se da cuenta de que su facilidad para escribir lo lleva a hacer ciertas concesiones que raramente van en favor de la calidad literaria y sus mejores cuentos resultan, a la larga, los más difíciles de vender. Es también durante esta época que empieza a pedir dinero por adelantado a cuenta de sus futuras publicaciones, lo cual lo colocará en una situación de deuda perenne con sus editores.

This Side of Paradise (*Este lado del paraíso*) se publica el 26 de marzo de 1920 cuando Scott Fitzgerald tiene apenas veintitrés años. El título de la novela está inspirado en un verso del poeta inglés Rupert Brooke que dice: "nosotros los jóvenes glamorosos vivimos prácticamente en el paraíso". La novela se convierte de inmediato en un éxito de librerías que llega a vender más de

treinta mil ejemplares en unos cuantos meses y que, para 1923, rebasa ya los cincuenta mil ejemplares.

El efecto psicológico de la recepción de ésta, su primera novela, resultó determinante en la vida de Fitzgerald. No sólo se convirtió de la noche a la mañana en un escritor famoso sino en la imagen representativa de toda su generación. Logró así finalmente casarse con Zelda e iniciar un modo de vida que no abandonaría jamás y en el que su trabajo literario estaría inexorablemente ligado a sus ingresos, al anhelo de vivir en la opulencia y verse rodeado de ricos y famosos. De igual modo a partir de entonces se definirían los temas básicos de las novelas de Fitzgerald: la relación entre el amor y el dinero y la persecución del *American Dream* que postula a los Estados Unidos como la tierra promisoría en donde cualquier persona puede hacerse rica a partir del esfuerzo de su trabajo sin importar su procedencia o su condición.

Tanto Malcolm Cowley como Arthur Mizener han escrito acerca de la personalidad escindida de Scott Fitzgerald. Para Cowley, Fitzgerald tenía una doble visión de sí mismo que ejemplifica de la siguiente manera:

Es como si sus novelas describieran un fastuoso baile en que él fuera el invitado que va con la mujer más bella de la fiesta y, al mismo tiempo, se sintiera fuera del salón observándose a sí mismo como un muchachito del Midwestern de los Estados Unidos con la nariz pegada a



A los quince años



Zelda y su hija Scottie a principios de los años treinta

la ventana preguntándose cuánto costarían los boletos y quién pagaría la música.

Como la mayor parte de las novelas de Fitzgerald *Este lado del paraíso* tiene un claro trasfondo autobiográfico. Tan es así que la editorial la anunciaba como la historia de un estudiante de Princeton. Sin embargo, se trata de una novela que, a pesar de todos sus defectos, capta el pulso y el sentir de toda una generación, la de los años veinte de posguerra en los Estados Unidos, a través de su personaje Armory Blain que afirma en la novela: “he aquí a una nueva generación que creció para encontrar a todos los dioses muertos, todas las batallas consumadas y todas las fes en el hombre deshechas”.

Supuestamente la novela acusa una marcada influencia de Compton Mackenzie y de H.G. Wells; sin embargo, no hay duda de que el universo de Fitzgerald desde el principio de su carrera lleva ya su sello inequívoco y nadie como él reflejará mejor el epíteto inventado por Gertrude Stein de “generación perdida” y que posteriormente Ernest Hemingway utilizaría como epígrafe para su novela *Fiesta*.

Desde sus inicios literarios Scott Fitzgerald fue amigo del renombrado crítico literario Edmund Wilson y del periodista, cuentista y novelista Ernest Hemingway. Ambos lo estimaban y valoraban su talento pero también, con mucho más carácter que Scott, lo llenaron de escarnios y lo maltrataron de diversas formas a lo largo de su azarosa vida. Cuando se publicó *This Side of Paradise* por ejemplo, Edmund Wilson atacó salvajemente a Scott, con una sospechosa virulencia que rayaba en la envidia. Wilson, a quien apodaban *the man with the iron collar*,

inicia su ensayo sobre la primera novela de Fitzgerald con la siguiente frase:

Algún personaje célebre ha comentado que conocer a F. Scott Fitzgerald es como conocer a una vieja estúpida a quien alguien le ha dejado encargado un diamante; se siente tan orgullosa del diamante que se lo muestra a todo el mundo y todos se sorprenden de que una mujer tan ignorante pueda poseer una joya tan valiosa. Pues en nada se siente tan inepta como en los comentarios que hace “sobre el diamante”.

Y sobre la novela sentencia:

En suma una de las peores debilidades de *Este lado del paraíso* es que realmente no trata de nada: intelectualmente no es más que un gesto: un gesto de una revuelta indefinida. Por otro lado es muy inmadura y siempre roza con lo ridículo y por último es uno de los libros más mal escritos que se hayan publicado jamás.

No obstante lo anterior, Wilson le perdona la vida:

He dicho que *This Side of Paradise* comete todos los pecados que una novela puede cometer excepto el pecado imperdonable: carecer de vida.

Tal vez los comentarios de sus amigos hayan contribuido a que Scott se viera a sí mismo, desde sus comienzos, como una especie de fracasado que entró con el pie derecho al campo de la literatura. Cuando habla de la aparente facilidad con la que escribió *This Side of Paradise* en 1919, del éxito de su novela y de las envidias que causó entre sus colegas uno se explica, aunque no justifique, el desconcierto en el que cayó el autor ante el “primer vertarrón de triunfo y la deliciosa brisa que acarrea consigo”. No obstante es evidente que Fitzgerald conocía como nadie tanto la vida de la clase norteamericana en ascenso, sus sueños y aspiraciones, como sus comportamientos, sus ropas, sus automóviles, sus canciones y la manera como hablaba y se comportaba *the beautiful people* mérito innegable de *Este lado del paraíso*.

A partir de ese exitoso debut al que Fitzgerald llamó *early success* y que sus editores apoyaron diciendo que era el autor más joven al que le habían publicado jamás una novela, Fitzgerald se dedicará, de tiempo completo, a convertirse en escritor y hará hasta lo indecible para mantener un ritmo de vida a la altura de las circunstancias que Zelda, su mujer, le exigiría. En una carta a su hija escrita años después Fitzgerald le explica el sentimiento que lo embargaba entonces:

Cuando yo tenía tu edad viví un gran sueño. El sueño creció y aprendí a hablar de él y hacer que la gente lo

escuchara. Hasta que ese sueño se quebró el día en que decidí casarme con tu madre aun cuando yo sabía que ella era una niña mimada que no me podría hacer feliz... Pero en ese entonces yo ya era un hombre dividido: ella quería que yo trabajara exclusivamente en su favor pero no lo suficiente para poder realizar mi sueño.

En 1920 Scott Fitzgerald publica su libro de cuentos *Flappers and Philosophers* cuyo título surge de un comentario que le hiciera algún crítico acerca de su primera novela en la que afirmaba que se trataba de un libro “sobre las *flappers* pero escrita para filósofos”.

Al año siguiente, el día 3 de marzo de 1921 aparece su segunda novela *Hermosos y malditos* (*The Beautiful and the Damned*) con una recepción más bien tibia que no logra satisfacer las expectativas ni del público ni de la crítica y, para peor, ni siquiera la suya propia. La novela retrata el tipo de vida que llevaban Scott y Zelda durante ese intenso año en el que Fitzgerald gozó súbitamente del éxito literario. Fue un año dedicado primordialmente a viajar, a emborracharse y a asistir a todo tipo de fiestas suntuosas lo cual, a la postre, llevó a Scott a declarar que estaba harto de “la vida, del licor y de la literatura”. Anthony y Gloria, los personajes principales de la novela, funcionan como *alter ego* de Scott y Zelda, uno sensible e inteligente, otra bella y atractiva, tratando de experimentar el mayor placer viviendo al día en *cabarets*, teatros y hoteles, sumergidos en el vértigo del dinero y del amor. Fitzgerald parecía haber realizado su sueño: había escrito su novela, era famoso, se

había casado con el amor de su vida y era todo un éxito en Nueva York. Sin embargo, estaba consciente de que la realización de un sueño destruye, por lo general, ese mismo sueño.

La mayor parte de la crítica reaccionó contra la novela debido sobre todo a lo que Wilson llama “la orgía de horrores” en donde la heroína termina por perder lo único que tenía, su belleza, y el héroe su dinero y su dignidad al convertirse en un alcohólico que termina volviéndose loco. Lo importante de *Hermosos y malditos* sin embargo, es que sus personajes Anthony y Gloria reflejan ya muy claramente lo que será el “toque de desastre espiritual” que acompañará a los Fitzgerald en adelante, así como el sentido de bancarrota física y moral de sus protagonistas que se convertirá en uno de los temas clave de la narrativa de Scott.

Pero Fitzgerald podía darse el lujo de regodearse en su presunto fracaso y justificarse a sí mismo en los siguientes términos:

Todas las anécdotas que me venían a la mente poseían un toque de desastre: las adorables criaturas de mis novelas se arruinaban, las montañas de diamantes estallaban, mis millonarios eran tan bellos y desdichados como los campesinos de Thomas Hardy.

El siguiente libro de Scott Fitzgerald lleva como título *Tales of the Jazz Age*. Se trata de una colección de cuentos que le dio cierto renombre al autor como cronista de toda una época, precisamente la del inicio del



Portadas de los cuatro primeros libros de Scott Fitzgerald

jazz Hay en ese libro relatos memorables que dan cuenta del sentir de esa época de opulencia y frenesí, de la vida y los excesos de los ricos que reflejan el verdadero talento de Fitzgerald en mi opinión sin duda mayor que sus propios contemporáneos que solían ningunearlo con tanta facilidad.

Luego del fracaso de *Hermosos y malditos* y de una recepción apenas regular del libro de cuentos que tanto dinero le había hecho ganar, Fitzgerald se concentra en otra novela. “Quiero escribir algo totalmente nuevo —le escribió a Charles Scribner su editor— algo extraordinario y hermoso, simple e intrincadamente urdido”. Scott estaba escribiendo la que sería su obra maestra *The Great Gatsby* luego de una serie de conflictos amorosos con Zelda. Publicada en 1925 es reconocida de inmediato por el temperamento riguroso y exacto de T.S. Eliot que identificó la novela como una de las pocas obras narrativas de su época que habían logrado entusiasmarlo.

La he leído ya tres veces, le escribió Eliot al mismo Scribner, me ha interesado y me ha gustado más que cualquier otra novela que haya yo leído de los Estados Unidos o de Inglaterra desde hace muchos años... De hecho me parece el primer paso firme de la narrativa norteamericana desde Henry James...

A Wilson mismo, que había criticado tan severamente a su amigo Scott con su primera novela, no le quedó más remedio que reconocer que, además de la inspirada imaginación y del brillo poético de Fitzgerald, con *El gran Gatsby*, así como con sus nuevos cuentos, había entrado por fin a una etapa de plena madurez.

The Great Gatsby es una novela perfecta en el sentido de que todo en ella embona como si se tratara de

una pieza de relojería. Ya desde la primera frase se plantea el problema moral al que nos enfrentará el autor a través de la voz de la conciencia y del narrador Nick Carraway:

Durante mis años jóvenes y vulnerables mi padre me dio un consejo que no me he podido quitar de la cabeza desde entonces: “Cada vez que sientas el anhelo de criticar a alguien —me dijo— sólo recuerda que no todos han tenido las mismas ventajas que tú”.

Esta frase, que de principio parece un tanto sentenciosa, se cumple al pie de la letra a través de todo lo que observa Nick quien funge como testigo y juez de la historia de amor entre Jay Gatsby y Daisy Buchanan, que culminará en una gran tragedia que desenmascara a todos los personajes y donde Gatsby no sale tan mal librado gracias, precisamente, a aquella primera frase que abre la historia. “Ése es el punto de esta novela —escribió Fitzgerald— la pérdida de esas ilusiones que le dan tanto color al mundo”. Y es que todo en *The Great Gatsby*, la anécdota, el tono, la prosa, las imágenes y la resolución misma funcionan como si se tratara de un cuento breve que al final logra atar todos los cabos. Nick Carraway es el encargado de narrarnos la historia de Jay Gatsby desde una perspectiva que le permite a Fitzgerald separar los dos lados de su presunta personalidad dividida, el que admiraba a los ricos y el que podía juzgarlos con cierta objetividad. A partir de Nick, Fitzgerald asume la distancia, la objetividad y la ironía para contarnos, sin caer en efectos melodramáticos, la historia del amor frustrado entre Gatsby y Daisy. El tema no es estrictamente novedoso. Es el mismo que en *Cumbres Borrascosas* donde una mujer —Catherine Earnshaw— se casa con un hombre al que no ama por cuestiones de índole económica y social y el conflicto de la novela consiste en la lucha que emprende Heathcliff por recuperar a esa mujer, que le fue robada, a como dé lugar; primero haciéndose rico y luego destruyendo tanto a la familia de Catherine como a la de Linton, su marido. Sólo que en el caso de *El gran Gatsby* el tema es, además del vano intento por recuperar el amor perdido de la juventud, el de la imposibilidad de revivir el pasado. Jay Gatsby cree que con dinero y con *glamour* podrá recuperar el amor que Daisy Buchanan le negara a causa de su pobreza cuando era joven. Lo que encuentra sin embargo al final, es la muerte y la destrucción mientras los demás personajes continúan viviendo con la misma frivolidad e indiferencia con la que han actuado siempre sin parar mientes en atropellar, literalmente, la vida de los demás.

La novela está narrada a partir de una serie de escenas que se van concatenando a través de esa voz narrativa que es la de un mero testigo que se limita a describir el mundo que tan aguda y fríamente observa:



Sólo Gatsby, el hombre que le da título a este libro, estaba exento de mi reacción: Gatsby que representaba todo aquello por lo que siento un total desprecio. Si la personalidad es una sucesión ininterrumpida de actos gratificantes (...) entonces había algo extraordinario en él, una fina sensibilidad hacia las promesas de la vida...

Fitzgerald maneja con la misma sapiencia y sobriedad a su narrador que contempla los dos mundos, el del *East* y el *West Egg*, con la misma impasibilidad que los anteojos del doctor Eckelburg que nos recuerdan que al margen de cómo salgan librados los personajes de sus peripecias siempre habrá un par de ojos que los juzgan y vigilan.

Fitzgerald no publica su siguiente novela, *Tender is the Night*, (*Tierra es la noche*) sino hasta 1934. Entre *El gran Gatsby* y esa novela los Fitzgerald asistieron a infinidad de fiestas con los Hemingway —a quien es Fitzgerald apoyó en su lanzamiento inicial— así como los Mountbatten, los MacLeish y tantos otros amigos del gran mundo de la alta sociedad norteamericana. Cada verano Scott y Zelda viajaban a La Riviera Francesa, Fitzgerald bebía cada vez más, hacía el ridículo, caía en frecuentes periodos depresivos y su relación con Zelda era más conflictiva pues ella había sufrido dos graves crisis nerviosas. Sin embargo, Scott hacía todo lo posible por salvar la relación con su esposa y no dejar de escribir. A través de la competencia con su amigo Hemingway había entrado además en un periodo de inseguridad que lo hacía sentir que nunca en su vida iba a volver a escribir algo que valiera la pena. Así que cuando regresa de Hollywood —donde estuvo trabajando infructuosamente durante varios años— se pone a revisar su novela en ciernes con el anhelo de publicarla a la brevedad. Pasa noche tras noche en su estudio tratando de darle forma a un trabajo que había ido transformándose con los años. Su obra, su esposa, su hija y la bebida gobernaban los intereses de su vida entonces. Luego de muchas dificultades para que Zelda lograra vencer su tendencia al alcoholismo y a la depresión, Scott Fitzgerald logra concluir su esperado libro *Tender is the Night*, acaso el más triste, ambicioso y amargo de los que escribiera aunque no mejor que *The Great Gatsby*. Dick Diver, el protagonista, sucumbe a la atracción por el dinero y por la belleza de una mujer que, como Zelda, estaba mentalmente perturbada. Ambos, la mujer y el dinero terminarán por destruir al protagonista con la correspondiente ironía dramática de que al final Diver, el hombre que ha empeñado su vida y su profesión por salvar a esa mujer, termina, como el propio Fitzgerald, en la más absoluta bancarrota tanto física como moral.

Tender is the Night es una de las obras más ricas de Fitzgerald y la que mejor refleja el temperamento del autor. Aunque el escenario es, en lo fundamental, Euro-



Scott y Zelda, Baltimore, 1932

pa, la novela explora uno de los temas que más inquietaba la imaginación de Scott: la vida que llevan los ricos. “Los ricos son diferentes”, le comentó Fitzgerald alguna vez a Hemingway. “Sí, tienen más dinero”, contestó el otro, burlón. Sin embargo, Fitzgerald tenía razón y así lo demuestra a lo largo de esta triste y bella historia que representa la culminación de toda una vida dedicada a estudiar el complejo e impredecible comportamiento de la gente adinerada.

Cuando se publicó *Tender is the Night* Fitzgerald le envió un ejemplar a Hemingway. Su colega y amigo, entonces en la cima de la popularidad, le responde con una carta donde lo maltrata como si fuera un pipiolo:

Tú, que puedes escribir mejor que nadie, que desbordas talento sin remedio, ¡manda todo al diablo! Por Dios, Scott, escribe y escribe con la verdad, sin importar a qué o a quién lastimes pero no hagas estas ridículas composiciones... En primer lugar siempre he afirmado que no sabes pensar aunque pienses. Pero si supieras realmente pensar, tendrías que escribir, inventar, a partir de lo que sabes sin alterar los antecedentes de la gente. En segundo, hace mucho que no escuchas más que las respuestas a tus propias preguntas. Y contabas con un buen material, aunque innecesario. Eso es lo que acaba a un escritor (Todos nos acabamos. No te estoy insultando): no escuchar. De ahí proviene todo. Ver, escuchar. Tú tienes



St. Mary's Church, Maryland

buen ojo pero has dejado de oír... (Tu Novela) Es mucho mejor de lo que yo te puedo decir pero no tan buena como la que podrías escribir.

Mito y obra se unen. Hemingway triunfa. Fitzgerald fracasa. Mientras Hemingway se convierte en el paladín y modelo del carácter de los norteamericanos, Fitzgerald se apaga poco a poco “con su actitud triste hacia la tristeza, con su actitud melancólica hacia la melancolía, con su actitud trágica hacia la tragedia. “¿Por qué me había identificado con los objetos de mi horror y de mi compasión?”, se pregunta. Y se da cuenta de que se ha arruinado prematuramente, como escritor y como hombre.

Las obras de Hemingway y de Fitzgerald corren en direcciones opuestas. A pesar de todo Hemingway es un optimista, incluso en obras como *Fiesta* o *El viejo y el mar* que aunque en apariencia, hablan del desencanto físico y espiritual de los personajes, dejan asomar siempre un resquicio de heroísmo: el código estoico de Hemingway mediante el cual el hombre sobrevive y le da sentido al sinsentido de su existencia. En el caso de Scott Fitzgerald, sin embargo, el desencanto es radical. Tras las fiestas fastuosas, sus mujeres bellas, sus lujosos hoteles, la música, el jazz los automóviles existe siempre una inevitable desolación. El amor de Fitzgerald fue siempre un amor en favor del pasado, una especie de nostalgia que lo hacía contemplar el mundo como un sueño irrealizable. Sus novelas y sus cuentos nos dicen una y otra vez que existen hombres a los que les gusta caminar por el filo de la navaja y que, sin necesidad de

machismo alguno, cuando ya no pueden más simplemente se derrumban.

Fitzgerald tenía una cierta debilidad de carácter, manifiesta desde el inicio de su exitosa carrera, que hizo que fuera dando bandazos y que culminara convirtiéndolo en la encarnación del fracaso literario. No obstante, es su intrincada vida, con sus excesos para emular la vida de los ricos, con su dipsomanía, sus despilfarros y sus desfiguros, con sus fatigosas jornadas escribiendo a destajo para satisfacer los caprichos de su mujer y saldar sus deudas con sus editores, lo que convierte su figura en una suerte de parábola del genio fracasado. Sus historias, a pesar de hallarse ya tan lejanas, nos producen el raro placer de la nostalgia, del anhelo de una vida fastuosa e intensa llevada hasta los límites de lo humano, de un tiempo perdido para siempre que nos deja solos frente a nosotros mismos y frente a un futuro oscuro y desolado.

No ha mucho leí una novela breve del escritor austriaco Peter Handke que lleva como título *La tarde de un escritor* la cual estaba dedicada sin mayor comentario a Francis Scott Fitzgerald. En la novela de Handke se hace obvio que se trata de un homenaje al escritor norteamericano, no sólo por la dedicatoria sino porque Fitzgerald mismo tiene un cuento con el mismo título, “The afternoon of an author”. Handke se sirve de este breve relato —que bien podría haberse traducido como el ocaso de un escritor— para ofrecernos su propia versión de lo que para él significa la angustia y la soledad a las que puede enfrentarse un artista cuando se encuentra en estado de crisis.

Scott Fitzgerald muere de un ataque al corazón el 20 de diciembre de 1941. Deja una novela inconclusa, *The Love of the Last Tycoon* de la cual escribió tan sólo seis capítulos y cuyo tema, totalmente fitzgeraldiano, era ni más ni menos que el de la vida de un magnate de Hollywood. Como paradoja quien se encargó de editar y de completar la novela a partir de sus notas fue su amigo de juventud y más acervo crítico, su conciencia intelectual, Edmund Wilson. Fue también Wilson el encargado de editar y completar, póstumamente, uno de sus libros más intensos y desgarradores, *The Crack-up*, donde escribe explícitamente sobre las razones de la quiebra emocional del hombre y del escritor. Fitzgerald, como persona, fue lo que ahora han dado en llamar “un perdedor”. Pero como escritor penetró en la entrañas del mundo fastuoso y frívolo que le tocó vivir y que le dio nombre a toda su generación, *the jazz age*, que observó simultáneamente con perplejidad y profundidad. Con sus cuentos y novelas Scott quiso mostrarnos el derrumbe de sus sueños a través de personajes bellos, frágiles y melancólicos como él mismo. Como Jay Gatsby, Fitzgerald muere prácticamente solo y con la profunda convicción de haber fracasado. Pero para nuestra fortuna sus libros nos prueban lo contrario. **U**